

TANGOS Y CENIZAS

Chelo Sierra

Alfonso está en el salón. Encima de la chimenea. Entre una fotografía del día de nuestra boda y el trofeo de hojalata que ganó en un campeonato local de ajedrez. Lleva diez días ahí. Quieto, callado, imperturbable, con un aspecto tan solemne que casi me da miedo. Es un buen sitio. El mejor de la casa, diría yo. Desde ese rincón se puede ver el jardín y los rosales *borbonianos* que ahora están en flor. Lo miro con un fastidio que no me esfuerzo en disimular y siento unas enormes ganas de preguntarle si realmente es imprescindible que hagamos lo que estamos a punto de hacer. Pero me callo. Lo conozco bien y sé que es cabezota, extravagante y obstinado y me doy cuenta de que ya es tarde para hacerle cambiar de opinión. Tenía que habérmelo dicho antes, al menos, podía habérmelo consultado. De haberlo hecho, le habría contestado que no, de eso estoy segura. Pero también es tarde para decir no. Vuelvo a mirarlo. Mi cabreo va en aumento. ¿Cómo ha podido ocultarme sus intenciones? Sabía mejor que nadie que detesto las sorpresas, que no me gusta viajar, que me aterroriza meterme en un avión... Mi hijo Beltrán me llama al móvil y me dice que llega en cinco minutos, que esté preparada. Vuelvo a mirar a Alfonso y esta vez siento algo que se debe parecer mucho al odio. Compruebo que lo llevo todo: el pasaporte, los dólares, la American Express, el billete de avión, los datos de la reserva del hotel, las instrucciones, el libro de Borges... La maleta está junto a la puerta, la dejé casi preparada ayer. Metí un montón de ropa de abrigo y me costó cerrarla. La abro con esfuerzo, aún me falta por meter lo más importante. Esta maleta pesa como un muerto, pienso. Rebobino mis pensamientos y borro esto último, me parece una expresión de muy mal gusto dadas las circunstancias. Pero pesa mucho la maleta, de todas las formas. Yo no voy a poder con ella, tendrá que cogerla Beltrán. Es el momento. De nada sirve dilatarlo más. Me acerco a la chimenea y cojo a Alfonso. Me tiemblan las manos. Temo que se me vaya a caer. Con cuidado, lo coloco entre la bufanda burdeos que me regaló en mi último cumpleaños y el chaquetón de plumas que compré en Andorra. Lo rodeo, además, con tres pares de calcetines, un pijama de felpa y una camiseta térmica. Si se golpea, no sufrirá ningún daño. Compruebo, por último, que la urna cineraria de porcelana y vidrio en la que descansa Alfonso, las cenizas de Alfonso, está herméticamente sellada y, ya más tranquila, vuelvo a cerrar la cremallera de la maleta que a punto está de cumplir su amenaza y estallar.

Me dejo llevar por Beltrán a través de la T4 de Barajas como si fuera mi perro lazarillo: con confianza ciega. Él parece conocerla al dedillo. No le veo titubear en ningún momento; cogemos un ascensor, andamos por largos pasillos amarillos, subimos por

unas escaleras mecánicas y nos dirigimos al fondo de una sala llena de gente. Yo no paro de mirar hacia arriba, cualquiera diría que estoy admirando la impresionante estructura de bambú del techo. Pero no. Lo que hago es hablar con Dios, pedirle que no haya turbulencias en el vuelo y que me de fuerzas para hacer este viaje. Empiezo a entrar en pánico. Me tomo dos pastillas de Lexatin. Antes de que me hagan efecto, veo la maleta deslizándose por la cinta transportadora, mi Alfonso camino de las bodegas del avión. Es verdad que estoy enfadada con él, por morirse tan pronto y por meterme en estos líos, pero no puedo evitar una pequeña punzada de dolor y de ternura. Mi hijo me despide junto a los accesos de control de pasaportes. Me da un abrazo prolongado y dos besos fugaces. Después de esas someras muestras de afecto, espero unos segundos a que me diga algo: pásalo bien, buen viaje, disfrútalo o cosas así. Sin embargo, se gira y se va, anda unos pasos, vuelve la cabeza para mirarme y me lanza un ¡suerte! envuelto en pesimismo que me confirma que este no es un viaje de placer.

Buenos Aires me recibe con un cielo plomizo, una lluvia fina pero insistente y treinta y dos grados menos que los que marcaban los termómetros en Madrid hace trece horas. Estoy deseando llegar al hotel para comprobar que Alfonso está bien. Supongo que una urna que cuesta mil cuatrocientos euros, que está diseñada por un japonés y a la que han bautizado como "*forever yours*" debe ofrecer ciertas garantías de perpetuidad. Me acomodo en el asiento trasero del taxi y me subo el cuello de la chaqueta todo lo que puedo. Al menos, Alfonso eligió un país de habla hispana, todo un detalle por su parte. No tengo ningún problema idiomático para decirle al taxista adónde me dirijo. Pero lo hago temblando, tengo frío. Pienso en mi Alfonso, ¿él también tendrá frío? Le pregunto al taxista si en el maletero hay calefacción. El muy grosero, se limita a poner la radio. Aunque parezca un topicazo, suena un tango:

*...dale no más, dale que va,  
que allá en el horno  
nos vamos a encontrar...*

Reconozco la música de "Cambalache" aunque es la primera vez que reparo en la letra. Dios quiera que sea más tarde que pronto, me digo a mi misma. No soy supersticiosa, pero cruzo los dedos. Por si acaso. Le pregunto al taxista si en el maletero hay altavoces. Me mira por el retrovisor como si le estuviera hablando en sánscrito, con cara de no

comprender nada, y enfila la Avenida General Paz saltándose todos los semáforos que encuentra a su paso, parece que quiere dejarme en el Savoy Buenos Aires, cuanto antes.

Alfonso ha llegado bien, lo acabo de comprobar. La "*forever yours*" está intacta. Pero yo estoy muerta... muy cansada, quiero decir. Saco a mi marido de la maleta y le coloco encima de una de las mesitas de noche, junto a él deposito el folio con las instrucciones que tengo que seguir para cumplir sus últimas voluntades, un folio que escribió pocos días antes de su muerte y que le entregó a Beltrán a escondidas para que él me lo diera a mí llegado el momento. Me impresiona que la morfina le dejara disfrutar de algún momento de lucidez aquellos últimos días. Pero así debió ser porque las instrucciones son claras, rebuscadas y engorrosas. Inconfundiblemente tuyas. Mientras espero a que el servicio de habitaciones me suba un sandwich mixto, me da por releerlas. En realidad, no sé por qué lo hago si sé que me van a poner de mal humor. Resumiendo, esto es lo que me espera en los próximos días: ver el amanecer desde los lugares más emblemáticos de Buenos Aires, la ciudad que Alfonso siempre quiso visitar conmigo, el destino del viaje que tenía reservado para nuestras ya imposibles bodas de plata. Bailar un tango en un rincón de la calle Florida. Compartir, no dice con quién, ¿con él?, un mate en la última planta del hotel Panamericano, admirando las vistas de la ciudad. Sentarme en un banco de la Plaza de Mayo al anochecer y leer allí el poema "despedida" de Borges. Lanzar sus cenizas al río de la Plata el día de nuestro aniversario, justo a la misma hora que se celebró nuestra boda, o sea dentro de seis días, el 25 de Julio a las doce de la mañana, un ritual que debe estar acompañado por la música de un bandoneón. Y todo ello, hacerlo "solos los dos y juntos, muy juntos" según palabras textuales. Como suponía, me he puesto de mal humor. El pertinaz romanticismo de Alfonso siempre me pareció ridículo, poco práctico y insoportablemente incómodo. Aunque, para ser sincera, nunca pensé que pudiera llegar tan lejos. Ni más ni menos que hasta el otro lado del Atlántico.

El camarero llama a la puerta y entra con un aparatoso carrito con ruedas, un artilugio del todo innecesario para transportar una simple bandeja con un sandwich mixto y un botella de agua con gas. Noto que se queda quieto en mitad de la habitación mirando a Alfonso. Ese cilindro blanco, rugoso y con el extremo superior redondeado que contiene las cenizas de mi marido llama la atención. Será porque está diseñado por un japonés. O porque cuesta mil cuatrocientos euros. Después de la primera impresión, el camarero me mira con una sonrisa pícaro y comprensiva, deja la bandeja sobre el escritorio y se despide con un "que le aproveche" que pronuncia con la mirada fija en la "*forever yours*".

¡Virgen del Carmen! ¿No se habrá creído que es un...? ¡Si mide casi cuarenta centímetros! En la funeraria nos dijeron que una urna con forma de columna representa el camino hacia el cielo. Que Dios me perdone, pero ¿no será un símbolo fálico? Jamás se me hubiera ocurrido algo así. Avergonzada, cojo a Alfonso y lo meto en la caja fuerte que hay en el armario. Ahí dentro estará seguro y yo podré dormir tranquila, sin tener que luchar contra absurdas tentaciones. A lo mejor no tan absurdas, pienso. ¿Y si el japonés la ha diseñado así con esa intención? No me parece un disparate... en realidad sería bonito hacer el amor con las cenizas de tu amado, supongo que a Alfonso eso le parecería el colmo del romanticismo... A mí me parece que sería un éxito de ventas. Debe ser el cansancio el que me hace decir tonterías. Marco un código de cuatro cifras en la caja fuerte y Alfonso queda a salvo de mis estúpidas fantasías. El silencio me hace escuchar la voz de un hombre que canta en la plaza del Obelisco sobre la que se asoma el balcón de mi habitación.

*...y todo a media luz*

*crepúsculo interior.*

*Qué suave terciopelo*

*la media luz de amor...*

Y me quedo dormida.

Siguiendo sus indicaciones, llevo a Alfonso junto a mi corazón. Metido en una pequeña mochila que me coloco todas las mañanas pegada al pecho en vez de a la espalda y de la que no me separo en todo el día. A base de madrugones inhumanos, he tachado de la lista la contemplación del amanecer desde la plaza Dorrego, desde la calle Corrientes y desde la Casa Rosada. Ese capítulo lo doy por finalizado. Ya no me da vergüenza sacar a Alfonso de la mochila y depositarlo encima de un banco o de un velador para que comparta conmigo cada uno de los momentos que él imaginó. Me importa un comino que me miren como si estuviera chiflada y no me preocupa lo más mínimo si la "forever yours" tiene forma de columna o de consolador. Aunque sigo pensando que las últimas voluntades de Alfonso son caprichosas y surrealistas, he decidido no volver a enfadarme con él. A todo se acostumbra una. Esta mañana he bailado un tango bien abrazada a Alfonso, apretando con fuerza la mochila, sobre el suelo adoquinado de la calle Florida. Y hasta me ha salido algún que otro admirador. Los bonaerenses son cultos, galantes y aduladores. ¡Dios mío, si me viera Beltrán! No me reconocería. Pero aquí nadie sabe

quién soy, todo me es ajeno, y no hay nada como el anonimato para perder la compostura. Esta tarde me toca beber mate en el último piso del hotel Panamericano. Pero antes, me dirijo a mi habitación en el Savoy para descansar y arreglarme un poco. Hoy también llueve en Buenos Aires, aunque han subido las temperaturas. Me pongo lo más elegante que encuentro en el armario: un vestido negro de punto, un fular estampado y unos zapatos de tacón. Me miro en el espejo y me doy un notable alto, en las últimas semanas he adelgazado y el vestido me sienta bien. Tal vez, en este momento, su color adquiere un significado especial. A estas alturas, ya he asumido que Alfonso ha muerto. Sin embargo, reparo por primera vez en que ahora soy una mujer viuda. Una viuda de cuarenta y nueve años. Deprimente. Para animarme, decido soltarme el pelo, en el sentido literal de la frase, no en el figurado. Me cepillo la melena oscura que me cae ondulada y espesa por debajo de los hombros y me miro unos segundos más en el espejo pero, no sé por qué razón, hoy no me reconozco.

El hotel Panamericano está viejo pero mantiene el halo de su pasado esplendor. Me siento en una mesa junto a un ventanal por el que disfruto de una vista espectacular de la ciudad. Pido mate, por supuesto. Mientras me lo sirven, saco a Alfonso de la mochila y lo coloco sobre la mesa, frente a la ventana. El recipiente humeante que me traen es de madera con un revestimiento metálico en la boca sobre el que se apoya una especie de pajilla también metálica. Me viene a la mente el folio con las instrucciones de Alfonso y recuerdo perfectamente que decía "compartir un mate". Pero no tengo ni idea cómo puedo compartirlo con él, creo que lo tengo complicado. Un hombre alto y de pelo engominado se acerca a mi mesa y me pide permiso para sentarse a mi lado. No le digo nada, pero él se sienta de todas las formas. Me da una lección magistral sobre la historia y los rituales del mate y me dice, rotundo, que es obligatorio compartirlo. Al menos ahora tengo con quién hacerlo. Me convenzo de que Alfonso le ha enviado desde el más allá para que yo pueda cumplir sus deseos. Le agradezco que lo haya hecho y, sobre todo, que haya elegido a un hombre como este: atractivo, dulce y por lo menos diez años más joven que yo. Marcelo bebe por la pajilla metálica a la que él llama bombilla y, después, me anima a que yo haga lo mismo. A pesar de que soy bastante escrupulosa, bebo sin la menor aprensión. Después de una hora de charla y mate, confirmo, ya sin ninguna duda, que los bonaerenses son cultos, galantes y aduladores. Me asusto al comprobar que estoy coqueteando. No me dejes caer en la tentación, rezo mentalmente más por costumbre que por convicción. Cojo a Alfonso y lo meto en la mochila, que Dios me

perdone, pero es que no me parece de buen gusto que presencie mis flirteos. Le cuento a Marcelo mis planes para las próximas horas: al atardecer, recitar el poema " despedida" de Borges en la Plaza de Mayo y, mañana por la mañana, lanzar las cenizas de Alfonso al río de la Plata. Son las únicas cosas que me faltan por hacer. Se ofrece a acompañarme. Le aclaro que, por expreso deseo de mi marido, debo hacerlo sola. Me lo rebate diciéndome que se alejará lo suficiente para que parezca que estoy sola y, además, me dice que él mismo puede tocar el bandoneón cuando llegue el momento de despedirme definitivamente de Alfonso. No puedo negarme, me va a facilitar las cosas y me parece que sus argumentos son sólidos y razonables. Y además, no creo que haga nada malo por dejar que me acompañe.

Estoy nerviosa, mucho más que hace veinticuatro años a esta misma hora. Hoy no llueve en Buenos Aires, pero el frío es más intenso. La ciudad está cubierta por una niebla que hace que este momento parezca aún más triste. He quedado con Marcelo en Puerto Madero. Cuando llego, él ya está allí, y ha comenzado a tocar el bandoneón. Me sonrío pero no se acerca, es lo pactado. Se lo dejé claro ayer, después del emocionante recital de poesía en la plaza de Mayo. Sé que lo debo hacer yo sola, así lo quiere Alfonso. Abro la tapa de la "*forever yours*", camuflada en la parte inferior del cilindro, y saco una bolsita de plástico transparente llena de cenizas. Me gustaría identificar en ellas los ojos claros de Alfonso, su hombros anchos, sus manos grandes, el lunar del cuello, sus labios, sus rodillas, sus pestañas... pero lo único que veo son cenizas, un polvillo grisáceo amontonado en una insignificante bolsa de plástico. Nada más. Me acerco a la baranda que me separa del río y me inclino ligeramente hacia el agua. Luego, vacío la bolsa poco a poco y veo cómo Alfonso cae despacio sobre el río y juega con los remolinos unos segundos hasta que se pierde de mi vista para siempre. Alfonso ya no está, todo lo que me quedaba de él ha desaparecido, ahora la urna cineraria con forma de columna o de consolador ya no me sirve para nada. Me da igual que la haya diseñado un japonés y hasta que haya costado mil cuatrocientos euros, no quiero ni verla. La lanzo al agua con rabia y corro a llorar en los brazos de Marcelo.

Puede que sea una mala excusa, pero no podía pasar sola mi última noche en Buenos Aires. Marcelo me acaricia sobre la cama, meloso y hablador. Y yo intento no pensar en Alfonso, ni en Beltrán, ni en si hago bien o hago mal. El viento sopla fuerte ahí afuera y

golpea el balcón con insistencia, hasta que, en uno de sus embates, consigue abrirlo. Y entonces, llega hasta mí la voz del hombre que canta cada noche en la plaza:

*...Nostalgias de escuchar su risa loca*

*y sentir junto a mi boca*

*como un fuego su respiración.*

*Angustia de sentirme abandonado*

*y pensar que otro a su lado*

*pronto, pronto le hablará de amor...*

Marcelo me habla de amor mientras retira con suavidad unas motas de polvo grisáceo que ha traído el viento y se han posado en mi pelo y en mi pecho. Y yo, que me perdone Dios, me pierdo en sus brazos y me olvido de todo. En este momento no estoy para nostalgias. Y mucho menos para dejarme impresionar por los métodos efectistas de un espíritu romántico.